

Después de algunos años de silencio en lo que a novela se refiere, Cabrera Infante publica ahora una que había despertado ya curiosidad y expectación, La Habana para un infante difunto. Aparecida en Seix Barral, se presenta al público en estos mismos días. Cabrera Infante, un escritor conflictivo por sus relaciones biográficas y políticas con el régimen de Castro y con la Revolución cubana, ha contestado a las preguntas de TRIUNFO.

**G**UILLERMO Cabrera Infante es ahora ciudadano inglés. Un súbdito británico que ha tomado del país que le cobijó cierta esfera de distancia, que se acaba en cuanto se intima un poquito, y rasgos característicos de humor, que él ya conocía antes de su exilio, porque estas cosas están en la literatura, y Cabrera Infante se ha confesado muchas veces como un lector del área anglosajona. Ha tomado también objetos: zapatos, por ejemplo, que son una de sus pasiones; la pipa Simmons, que sustituye a las que ya fumara dejada la infancia, o esas ediciones cuidadas, ilustradas, minuciosamente elegidas y rápidamente saldadas que son la envidia de tantos aficionados extranjeros. Pero, sobre todo, Cabrera Infante es cubano: habla como cubano —una lengua que se mantiene como signo y como recuerdo, resguardada de esos cambios que allá estará sufriendo, perdiendo la vivacidad cotidiana, pero ganando algo como solidez y capacidad de diferencia—, se obsesiona con Cuba y recuerda en cubano. El cubano y el inglés se obstinan en convivir en su persona, que es así una curiosa clase de exiliado, reverencial y crítico, recordador y perfectamente adaptado. Naturalmente, el proceso por el que Cabrera Infante ha llegado donde está ha sido difícil: la Revolución cubana, una desilusión posterior, la vida diplomática y el exilio han tenido mucho que ver. Y la mitificación de aquella ciudad original, porque fue el primer destierro y resultó ser definitivo, y porque supuso un esfuerzo de apropiamiento tan



Guillermo Cabrera Infante, en los comienzos de su carrera literaria, junto a Carlos Barral, Vargas Llosa y Ferrater.

## GUILLERMO CABRERA INFANTE

### “Escribir es recordar”

enorme —me refiero a La Habana—, no es nada ajena a todo esto. *La Habana para un infante difunto*, un novelón que se sitúa a un paso de las Memorias, ayuda, desde la ficción fundamental que va levantando esos recuerdos a la categoría de literatura, a entender este complejo proceso.

—Este es, efectivamente, un novelón —dice Cabrera Infante—. *Tres tristes tigres* tenía apenas cuatrocientas páginas impresas, *La Habana para un infante difunto* tiene seiscientos seis en manuscrito. Me habría gustado que tuviera seiscientos sesenta y seis páginas, tantos folios como números tenía “La bestia”. Ahora se queda en el número de experimentos que realizó el doctor Ehrlich para descubrir la cura de la sífilis, lo que él llamó con lenguaje poético la bala mágica. Esta erudición científica la he sacado, por supuesto, del cine, de *Dr. Ehrlich's Magic Bullet*, en la que Edward G. Robinson es el alquimista que inventa la bala má-

gica de plata para matar al licántropo y curarlo de su manía lupina, mal de loba. No quiero hablar de obras maestras: estamos tan rodeados de obras maestras conocidas, que para qué hablar de una obra maestra por conocer, por no decir desconocida. Por otra parte, escribir *La Habana...* no es escribir de nuevo para mí. *Vista del amanecer en el trópico* fue escritura y reescritura de viejos textos. *O* es un libro compuesto de piezas nuevas, escritas entre la publicación de *TTT* y la aparición de aquel libro. *Exorcismos de esti(l)lo* me exigió una estructuración nueva y nuevas escrituras, y aun cuando el libro estaba ya en pruebas de galera compuse uno o dos de sus fragmentos que más me gustan. Es cierto que ninguno de estos libros tiene el tamaño de *TTT* o *La Habana...*, pero personalmente creo que *Vista...* es un libro más original de lo que parece a simple vista del amanecer y *Exorcismos* ha tenido dos o tres lectores que

#### ROSA MARIA PEREDA

han entendido que el juego es tan serio como la muerte y tan pertinaz como la vida.

—Esta es la primera novela que has escrito en Europa, ¿no es así? La primera que ha sido pensada y realizada fuera de Cuba, y también fuera de la Revolución cubana.

—No, la segunda. *Tres tristes tigres* fue escrita en Europa. Excepto por el *Carpe Diem* de “Los debutantes” y el primer paso de baile en esa “suite” amarga, “Ella cantaba boleros”, todo lo demás fue escrito en Bruselas y en Madrid, es decir, fuera de la Revolución (con la que nada tenía que ver), fuera del clima nocturno y de la vida habanera, que habían desaparecido, como indica el epígrafe carrolliano. Aunque tengo que admitir que la procesión musical iba por dentro. Había un inolvidable eslogan en las elecciones de mil novecientos cuarenta y ocho (¡vértigo electoral!), que se oía mucho por la radio entonces. Decía el locutor,

*La memoria es una traductora de recuerdos,  
es decir, una intérprete de la vida. No es posible  
la literatura sin la memoria.*

*Un libro sin memoria es la memoria de un amnésico.*

hablando de un candidato a representante: "Ese muchacho que ahora recorre la provincia de Las Villas es Ulises Carbó. ¡Vota por él! Tiene música adentro". Las posibles combinaciones literarias son numerosas: Ulises viaja no por el Mediterráneo, sino por la provincia de Las Villas, en Cuba, un hombre que es un muchacho —Telémaco casi— y una persona considerada como cajita de música. Pero este aviso puede ser una metáfora, y así declaro que entre mil novecientos sesenta y uno y mil novecientos sesenta y seis, fechas en que continué TTT por otros medios escritos y la terminé, yo tenía música cubana dentro. En ese libro no sólo hay referencias musicales miles,

vidas de músicos, malos y buenos, sino que su escritura aspira a la condición de música popular.

—La música, la ciudad de La Habana, el cine, son temas recurrentes en toda tu obra, y no sólo en la novela, pero especialmente en la novela. ¿Qué es *La Habana...* en este sentido?

—La Habana para un infante difunto comienza como una corta memoria infantil (el niño muere pronto) y se continúa como una Bildungsroman en que el narrador se va conociendo a sí mismo mientras conoce al otro —en este caso, casi siempre la otra—. Pero termina con una fantasmagoría, final feliz en un cine después de haber contraído su mal cinefílico. Este viaje al fondo de la vida lo debo a ese otro Virgilio, Virgilio Piñera, escritor olvidado, manipulador de mitos y maestro de lo que es para mí imposible aprendizaje, la narración oral. Conocerlo fue un privilegio; pedirle prestado, una necesidad. Además de los préstamos y los homenajes (a Baudelaire, poeta de la ciudad; a Debussy, músico del Malecón), *La Habana...* (y me gusta que el título quede recortado así, como una escopeta literaria) es una reconstrucción topográfica de la ciudad y un intento de componer un diccionario con su lengua. Claro que la ciudad y su lenguaje han desaparecido hace tiempo: hablo de una Habana más antigua que la que aparece en TTT. Este libro de ahora ter-

mina cinco años cronológicos antes de que empiece TTT, pero hay voces que se cruzan, y así, Silvestre niño hizo un recorrido que es habitual al narrador de *La Habana...* Pero aquí, la presencia de la ciudad, en diferentes épocas, en diferentes zonas, es constante y hasta hago incursiones en una Habana histórica a la que no pertenezco, pero que me pertenece, que me he apropiado por derecho de usucapción. Soy su cantor y su censor: enumero todas sus calles, cuento sus columnas y al mismo tiempo canto a su encanto. Un crítico inteligente me ha confesado que el libro le dejó la nostalgia de una ciudad que nunca había conocido. Comparó ese souvenir con las ciudades saudades de otros escritores ciudadanos de la morriña, como Nabokov y su *Ada* madrina. No he leído ese libro, pero aunque Nabokov es un escritor formado en la primera mitad del siglo, preocupado con el estilo, que cree en la bella escritura y otras tristes figuras de retórica que no me interesan, sí quiero que mi libro comunique el ardor nabokoviano de dos o tres mujeres que hacían el amor al ritmo de habaneras. Estas trinitades en el libro, a veces se convierten en una sola diosa. Todo me llega como en código Morse: por medio de palabras. Hay felices mortales que recuerdan en imágenes y otros más afortunados para los que el recuerdo es una música. Para mí, la vida es una palabra de cuatro letras, y recordar es formar un horizonte de palabras. A la imagen china "La poesía es un mar de palabras" no tendría más que añadir que la literatura es un mal de palabras. La vista desde el exilio es la visión del horizonte: mientras más te acercas, más lejos está. Así, TTT es un libro más remoto que *La Habana...* Es la visión de una Habana más lejana, pero yo estoy más cerca. No creo que coincidamos nunca en el mismo punto de fuga del pasado y el recuerdo, pero *Cuerpos divinos*, por ejemplo, en que trabajo ahora, me exige que me aleje, ¡y este libro termina cerca mil novecientos sesenta y dos!

—Escribir es siempre recordar, has dicho alguna vez. También has dicho que siempre serás un exiliado. ¿Cuál es la relación

entre escritura y memoria, entre literatura y exilio?

—La única relación posible entre novela y exilio es una relación política, pero como he decidido que mis novelas —o mis libros, siempre me he encontrado mal vestido entre las solapas de una novela— se alejen tanto de la política como de esa categoría que se quiere literaria y es solamente política; el realismo. Aun en *Cuerpos divinos*, donde aparecen personajes políticos, procuro que la política se vea condenada al purgatorio de la Historia. Algunos personajes merecerían más el infierno, pero esa es una distinción que no quiero concederles. La memoria es una traductora de recuerdos, es decir, es una intérprete de la vida. No es posible la literatura sin la memoria. Muéstreme un libro sin memoria y diré que es la memoria de un amnésico. Aun casos extremos como *Los viajes de Gulliver* (y menciono este libro porque es una de las lecturas atentas que hacía mientras escribía *La Habana...*, y le rendí homenaje a través del único arte del que sé una o dos cosas, el cine: cómo verlo y cómo recordarlo) están afincados en la memoria. Pocas novelas modernas no dependen de la memoria. Cuando no es la memoria propia, como en Proust, es la memoria familiar, como en Faulkner, o la memoria prestada, como el Thomas Mann de *La montaña mágica*. Joyce es toda la memoria de Dublín y, por supuesto, su memoria. Todos los libros de Hemingway, incluido *El viejo y el mar*, son libros de memorias. Borges, naturalmente, está hecho de memorias: la memoria del autor, el recuerdo de sus lecturas, el culto a la memoria de los antepasados. Un solo escritor de los que conozco (hay, por supuesto, muchos más que ignoro), Franz Kafka, parece haberse inventado su universo, y, sin embargo, tengo mis dudas. Hay lectores que creen que Kafka prefiguraba nuestro presente. Entonces padecía la memoria del futuro, la más atroz. En la literatura no hay más que memoria y palabras. Y al aprender el uso del lenguaje lo que aprendemos es a memorizarlo. El lenguaje es la voz de la memoria.

—Después de haber escrito TTT tiene que ser difícil escribir



*La única relación  
posible entre  
novela y exilio  
es una relación  
política.*

## GUILLERMO CABRERA INFANTE

otra novela sin volver a la primera. Hay quien ha dicho que eres autor de una sola novela, y que en torno a TTI, que realmente es una de las más importantes de la novelística actual en castellano, va a seguirse vertebrando tu obra. ¿Cuál es la novedad — la diferencia — en La Habana...?

—No hay nada nuevo bajo el sol tropical. La Habana... es un ejercicio nemotécnico y un ejercicio teológico: ¿cuántas mujeres caben en la punta de una pluma? Para freudianos y feministas puedo añadir que esas mujeres fueron una disolución, no una desilusión, y la labor de amor que dura más allá de la muerte de amor fue fundirlas en una sola imagen. Prefiero hablar de forma a hablar de estructura, y la forma remite a revelar el secreto de su orden. Si descubro a esa Salomé debajo de sus velos formales, estaré privando de su placer a ese Herodes ávido que es el lector. Si dijera que todo el propósito del libro es una invitación al viaje por el infierno, a través del purgatorio, para alcanzar el paraíso y perderlo —para volver a caer en ese infierno tan temido por deseado—, sería presuncioso; si declarara que es un paseo por la vana Habana de las palabras, parecería que me pongo al día o a la noche. Si hablara de que es un doble descubrimiento del sexo y de la lengua, sonaría a obsceno. Pero no me molestaría que me tomaran por el autor de un manual para Herodes sin Salomé, sola mano, sólo manes.

“Las relaciones son las mismas que con Exorcismos... y están dadas por las palabras. Tengo que escribir con palabras, pero no puedo evitar considerarlas como unidades, como cápsulas temporales, como vainas que se abren a todas las sugerencias, a las proposiciones más perversas. Una vez depravadas ellas pasan a formar parte de la frase siguiente y se unen devotas en la oración. Es la escritura considerada como una perversión. La Habana une todos los libros míos que me interesan (con excepción de Vista del amanecer en el trópico) y aun los que no me interesan ya, como Asi en la paz como en la guerra. La Habana es la placenta de que salen los cordones umbilicales que alimentan mis libros. El autor es el útero —o Lutero—. Comete el pecado de traducir una Biblia. ■ R. M. P.

# ARTE ■ LETRAS ■ ESPECTACULO

## LIBROS

### Grandes hombres

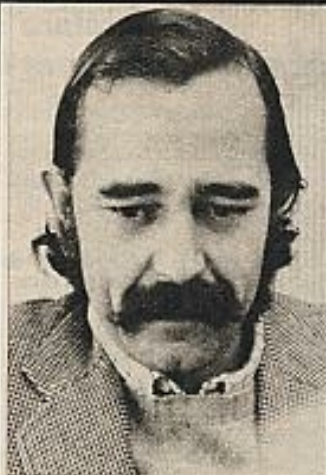
El mundo actual está disperso; y el escolar sufre el impacto negativo de esta situación durante su educación. La especialización, el mecanicismo y la falta de sistema son los tres vicios de nuestra cultura. Una peligrosa falta de coherencia y ausencia evidente de profundidad explicativa, colorean la enseñanza de los colegiales y escolares españoles. Incluso el “fichismo” (ese cuestionable sistema de fichas que mata la creatividad del alumno, y no le incita al esfuerzo personal de la lectura al dársele todo esquemáticamente hecho y resumido) está produciendo un descenso del nivel intelectual, político y cultural en el estudiante, por culpa de la irresponsabilidad de quienes siguen la última moda (que desgraciadamente llega a España siempre con años de retraso, y cuando ya está superada en otros lugares).

El intento de estos dos hermanos Trias —un serio filósofo y un culto hombre de leyes— de hacer un original resumen de historia que haga pensar, es justamente el modelo de vehículo educativo cultural que faltaba para el escolar español (1). Porque la historia no la hacen ni las batallas ni los Reyes, como se pensaba ayer en nuestra educación conservadora; ni sólo las cifras económicas ni los procesos sociales antagonistas, según los clichés estereotipados de las ideologías progresistas. No: la historia la hacen los hombres de carne y hueso, que no son autómatas de lo uno —como ayer se pensaba— ni de lo otro —como hemos pensado recientemente—. “La historia no hace nada —decía Marx—, es el hombre real y vivo quien lo hace todo”.

Partiendo de esta idea, los Trias han confeccionado paciente e inteligentemente un libro quinquiescenciado, que a pesar de ello se lee muy bien, porque no pone ningún impedimento a su claridad la densidad del contenido.

Por sus páginas desfilan los hombres más representativos de

(1) Eugenio y Jorge Trias: “Grandes hombres”. Ed. Kairós, Barcelona, 1979.



Eugenio Trias.

Grecia, Roma, la Edad Media, Renacimiento, la Edad Moderna, la Ilustración y los siglos XIX y XX.

Sin duda, la selección es una opción que tiene sus “pros” y sus “contras”. Pero los autores se han decidido valientemente. Alguno podrá discutir el elenco, pero todos reconocerán que los seleccionados son figuras de las más importantes de nuestra historia humana. Poetas, matemáticos, guerreros, gobernantes, escultores, filósofos, personajes religiosos, científicos, pintores, descubridores, inventores, músicos, revolucionarios, psicólogos, economistas y actores recorren sus páginas. Una treintena de personas (29 exactamente) componen el libro de retratos hechos de tres elementos: unos datos humanos y profundos, un comentario ameno y un dibujo expresivo.

Un criterio social amplio preside estas biografías llenas de intencionalidad, porque de sus hechos tal como hoy se conocen no se deduce una descripción abstracta y aséptica como ayer se hacía, sino una figura viva que incide en la historia.

Aquellos personajes de cartón-piedra que estaban en muchos libros, encuadrados en sus fechas y sus acontecimientos mecánicos, eran irreales. Ellos no son los que hicieron la historia. Quienes la hacen son los hombres de carne y hueso con su razón o su sinrazón, sus sentimientos concretos, sus pulsiones inconscientes, y su voluntad o debilidad.

¿Podríamos hallar algún detalle mejorable en el libro del cual se ha hecho una tirada inusual en nuestro país de 300.000 ejemplares? Sin duda falta el mundo oriental: un Buda, un Lao-Tsé, un Confucio. Lo mismo que un

Rey Asoka, un Gandhi o un Radakrishnan. Y también hay algún matiz perfeccionable. Por ejemplo, al hablar de Einstein se podría creer que era un genio matemático y que —por eso— llegó a los descubrimientos físicos que hizo. Pero no es así. Su discípulo y colaborador Whittrow afirma que “comprendió pronto que era más un físico teórico que un matemático”. No inventó nada decisivo en Matemáticas, sólo utilizó lo que otros habían creado. En cambio era un genio de la física, facultad que desarrolló con la lectura directa de los grandes clásicos de esta ciencia, y de filósofos tan diversos como Platón, Hume, Kant, Mach, Stuart Mill y Poincaré.

Un libro sin duda excepcional, que no es comparable a nada de lo usual. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## Bergamín, en “Camp de l’arpa”

No hace mucho tiempo, una serie de personalidades de la vida intelectual española eligió a Bergamín como la figura más representativa de la Generación del 27. José Bergamín —“ese raro Pájaro Pinto”, le llamó María Zambrano— es ahora el protagonista del último “Camp de l’arpa” (1).

Aparte de las habituales secciones de “Libros”, “Encuentros” (con Fernando del Paso y su “Palinuro de México”), el “Abora que lo pienso”, de Robert Saladrigas, etc., el número doble lleva diez trabajos sobre Bergamín, amén de una cronología y

José Bergamín.

